

COMENTARIOS AL ACONTECER EN EL MUNDO

LA PRESIDENCIA DEL PARLAMENTO EUROPEO

Con motivo de las elecciones del 10 de junio del Parlamento europeo muchas fueron las críticas, protestas y rezongos que suscitó el nada solapado apoyo que dispensó a la candidatura encabezada por el ministro de Sanidad, Simone Veil, el presidente Giscard d'Estaing, «presidente de todos los franceses», según dijera en su día. Apenas menores fueron las críticas, protestas y rezongos a que dio lugar su decidido apoyo a la candidatura de la ex ministro para la presidencia del Parlamento o Asamblea de Europa. No se justificaba esa reacción, por cuanto la postura presidencial era consecuente con el afán de Francia de ser adalid de la Comunidad europea, que es una de las constantes de la política exterior de la V República, cualquiera que sea su presidente.

Para situar a la señora Veil en la cúspide del flamante Parlamento fue preciso contar con los grupos políticos multinacionales y afines, que constituyen la mayoría teórica, o sea, los demócratas cristianos, liberales y conservadores, agrupados bajo el estandarte del Partido Liberal europeo. Al parecer, no costó excesivo trabajo llegar a un acuerdo con los mayoritarios representantes de la CDU, en parte cohibidos por la recelosa vigilancia de Francia para que la República Federal no se alce con el santo y la limosna política en Europa, después de lograr supremacía económica. Tan es así que el propio Helmut Schmidt dio el visto bueno a la candidatura Veil. En suma, el eje franco-alemán determinó que los «grandes» de la CEE impusieran su voluntad a las llamadas «pequeñas naciones», que no se privaron de resistirse, aunque en vano. Se puso de manifiesto en la sesión celebrada en Luxemburgo el 11 de julio al objeto de designar el candidato del partido liberal europeo. Había que dirimir entre Simone Veil y Gaston Thorn, ex primer ministro luxemburgués con una larga experiencia parlamentaria de la que carece su rival, jamás elegida

hasta el 10 de junio. Su brillante carrera política se inició, al margen de las urnas, a raíz de las elecciones presidenciales de 1974. El presidente Giscard d'Estaing estimó conveniente para su imagen de reformador incluir a una mujer en el primer Gobierno presidido por Jacques Chirac, designando a Simone Veil, entonces secretaria del Consejo Superior de la Magistratura, para desempeñar la cartera de Sanidad. La ha conservado hasta la elección del 10 de junio. A estas circunstancias, objetivamente poco favorables, hay que sumar el escándalo que provocó en Francia el insólito hecho de que después de proclamados el 14 de junio los resultados definitivos de las elecciones europeas, un recuento efectuado por la Comisión Nacional dio por válidos 79.000 votos expresados con la declaración de fe de Simone Veil y no con su candidatura. El recuento perjudicó la lista socialista, encabezada por François Mitterand, que dirimió para que esos 79.000 analfabetos no eliminaran al último candidato de su lista. Semejantes antecedentes sin duda tuvieron incidencia en los resultados del escrutinio de Luxemburgo, junto con la reticencia de aquellos europeos nada encandilados por la perspectiva de un directorio franco-alemán. Una maniobra efectuada por Martin Bangemann, presidente del grupo liberal en la Asamblea europea, permitió que por 20 votos contra 16 a favor de Gaston Thorn, la señora Veil pudiera llevar el gato al agua de Estrasburgo el 17 de julio tras la solemne apertura del Parlamento —o Asamblea— de las Comunidades europeas, presidida provisionalmente por la decana de los parlamentarios, la anciana Louise Weiss, también francesa. Decepcionado, Gaston Thorn renunció a su escaño en Estrasburgo y aceptó el Ministerio de Asuntos Exteriores en el nuevo Gobierno demócrata-cristiano de Luxemburgo. La decisión de Gaston Thorn priva al Parlamento de una personalidad tan valiosa como la del señor Tindemans.

Junto a Simone Veil salieron a la palestra el 17 de julio el socialista Mario Zagari, el comunista Giorgio Amendola, la de antemano derrotada radical de izquierda Emma Penino y, por sorpresa a última hora, Christian de la Malène, del contestatario RPR de Jacques Chirac; candidatura que puso en evidencia las luchas internas existentes en la mayoría parlamentaria gala, precisamente en torno al tema de Europa, por considerarse a unos «menos franceses y más europeos» y otros «más franceses y menos europeos», es decir, preocupados en primer término de salvaguardar la independencia y soberanía de Francia amenazadas por la supranacionalidad, en criterio del líder del RPR.

En la primera vuelta, Simone Veil no consiguió los 191 votos de la mayoría absoluta. Se quedó en 183. La teórica mayoría no había funcionado. La deducción se vio confirmada con creces a la segunda vuelta. Aunque Christian de la Malène retirara su candidatura, Simone Veil resultó elegida por sólo tres votos de mayoría. Esta vez habían fallado 20 votos de la mayoría teórica. No cabía, pues, echar las campanas al vuelo, pese a la importancia que se le ha querido dar al hecho de que una representante de Francia ocupe la presidencia del primer Parlamento supranacional llamado a delimitar su ámbito de acción. Es decir, que, a primera vista, el papel que le corresponde desempeñar a la bisoña presidenta es sumamente delicado por hacerle correr el riesgo de actuar por exceso o por defecto, llegada la hora de fijar las atribuciones del Parlamento europeo. Amplias, provocarían reacciones hostiles por parte de los esquinados con la supranacionalidad. Recortadas, indignarían a los partidarios de una coordinación supranacional en lo político, económico y social.

¿Reúne Simone Veil las dotes que en principio requiere su cometido de director de orquesta? Aparte de la discutida —y discutible— ley del aborto, sus cinco años en el Ministerio de Sanidad no arrojan un saldo excesivamente favorable. En particular, fracasó rotundamente en la solución —desde luego difícil— del gran problema del Seguro de Enfermedad, «problema número 1 del Gobierno», según el presidente Barre. A finales de 1979 arrojará un déficit de cuatro a cinco mil millones de francos y una previsión de diez mil millones a finales de 1980. Con vistas a reducirlo, el nuevo ministro de Sanidad, Jacques Barrot, ha tenido que adoptar de entrada medidas impopulares, necesarias desde hacía meses, pero aplazadas para no estropear la imagen electoral de Simone Veil. Es decir, que en función de los hechos, el pasado de Simone Veil en materia de gestión no avalaría excesivos y seguros aciertos en la presidencia del Parlamento europeo de no darse la circunstancia de que su presidencia es en cierto modo más honorífica que efectiva en el desarrollo de las decisiones parlamentarias. Ello explica tal vez que los representantes alemanes no pusieran obstáculos a su candidatura y que Mrs. Thatcher la aprobara, siempre que un representante británico presidiera la Comisión de Agricultura. Porque el caso es que, aunque más modestas en apariencia, las presidencias de las Comisiones serán en la práctica más importantes, por más eficaces, aun dejando a la Francia oficial la ilusión de un gran éxito a escala europea. Las discusiones y debates a que dieron lugar las elecciones para las presidencias de las diversas comisiones, final-

mente aplazadas hasta el mes de septiembre, ponen de manifiesto que el verdadero juego parlamentario estará a nivel de comisiones antes que en sesión plenaria del Parlamento europeo presidido por la señora Veil.

LA BATALLA PREELECTORAL DEL PRESIDENTE CARTER

Hay algo patético y lamentable en el espectáculo que viene protagonizando el presidente Carter al bracear en una arbolada mar de críticas, desconfianzas y hasta burlas, con el empeño de arribar sano y salvo a la costa de un nuevo mandato presidencial. Porque si la gran mayoría de los norteamericanos no está satisfecha de su presidente, él sí está satisfecho de serlo. Semejante divergencia de criterios entre administrados y administración no es privativa de los Estados Unidos. A fin de recobrar prestigio, credibilidad y dar la impresión de una musculatura política e imaginativa de la que ha demostrado carecer, el presidente Carter inició en el pasado julio una serie de ejercicios que sorprendieron a la opinión doméstica y foránea.

Por lo pronto, al término de su intervención televisada del Día de la Independencia, sin más explicaciones hizo saber que aplazaba el discurso que había de pronunciar el 5 de julio sobre la situación energética. Disipado el desconcierto causado por la noticia, se dedujo que el presidente Carter y su equipo no estimaban del todo adecuado el programa a exponer en un discurso que, pretendiendo colocar los cimientos de un nuevo orden energético, no hiciera correr el riesgo de una resaca electoral, de ser excesivos los sacrificios pedidos al pueblo norteamericano para mantenerse a salvo de la dictadura de la OPEP, chivo expiatorio mundialmente adoptado para cargar con una crisis de múltiples y muy complejas raíces.

Finalmente, tras un período de meditaciones, consultas, cabildeos y discusiones con sus más adictos colaboradores, entre los que ocupa destacado y comentado lugar su propia esposa, el presidente Carter en dramatizado discurso dio a conocer el 16 de julio las medidas de su programa energético. A grandes rasgos se centró en limitar las importaciones de crudo a nivel de 1977, tendiendo a reducir las a la mitad de aquí a 1990, mientras se fomenta la extracción de petróleo del carbón, pizarras bituminosas y otras fuentes, a fin de que suministren a finales del siglo el 20 por 100 del consumo norteamericano. De otra parte, el presidente Carter insistió en la necesidad de que las centrales sustituyan el petróleo por el carbón —que abunda en los

Estados Unidos—, al tiempo que se crea un dispositivo de movilización energética y se desarrollan al máximo los planes de conservación colectiva e individual de la energía. El presidente Carter hizo un regate en materia de energía nuclear.

De hecho, en sus grandes líneas el programa no constituye novedad ni creación original. Al parecer, no pasa de ser el que desde hacía meses preconizaba Schlesinger, con la diferencia de que Schlesinger cargaba el acento en la conveniencia de apretarse el cinturón y considerar la energía nuclear, a la que se opone tenazmente un sector no desdeñable en número y fuerza del electorado norteamericano. También era partidario de la supresión del control de los precios de los productos petrolíferos, medida que no podía adoptar el presidente Carter en vísperas del año electoral, cuando la inflación supera la cota de un 10 por 100, jamás alcanzada en tiempos de paz. De ahí los retoques aportados al programa de Schlesinger, que, suavizado, ha quedado a la zaga de las imparable bajas de los valores industriales y del dólar, mientras que el oro no cesa de ganar puntos y se vislumbra en el horizonte el hosco semblante de una recesión, en opinión de destacados economistas. En todo caso, no hay la más leve señal de que el discurso del presidente Carter haya obrado el milagro de modificar la situación. Es más, el Senado se ha negado a votar la tasa sobre los grandes beneficios de las compañías petroleras, tasa que era la pared maestra del edificio energético levantado por la Casa Blanca. Tampoco ha redundado su discurso en su provecho electoral pese a los esfuerzos que hizo para que determinados ministros se endosaran la responsabilidad de la pésima política. Al adoptar esa defensa, cometió una torpeza. El presidente de los Estados Unidos parecía olvidar que en ese país el presidente es a la vez primer ministro que personalmente designa a sus colaboradores y, por consiguiente, es responsable directo de sus dotes y actividad, por más que los nombramientos ministeriales precisen el refrendo del Senado, lo que sólo deja de hacer en casos excepcionales, que no se dieron al presentar su equipo el presidente Carter.

Esta particularidad de la Constitución norteamericana, mejor dicho, de su sistema, que no es exactamente parlamentario, ha hecho muy insólita y sorprendente la decisión adoptada el 19 de julio por el presidente Carter, consistente en cesar la totalidad de su Gobierno para dedicarse posteriormente a un «éste quiero, éste no quiero», que dejó fuera de juego a cinco secretarios. Desde luego, en el transcurso de su legislatura, todos los presidentes han cesado secretarios. Es lo que

pudo hacer el presidente Carter sustituyendo a los que han quedado a la postre definitivamente excluidos del equipo y ahorrándose así el golpe teatral de un cese generalizado que pone en tela de juicio su perspicacia y discernimiento a la hora de nombrar los cargos más relevantes de la nación. Cabe estimar que el jefe del ejecutivo norteamericano ha conseguido el resultado diametralmente opuesto al pretendido, que era impresionar al pueblo norteamericano con su decisión y energía. Lo que indudablemente ha conseguido es eliminar de su entorno a ministros reacios a aplaudir sin reservas su vacilante gestión. Tal era el caso en particular de Blumenthal, Schlesinger y Califano, vinculado al clan Kennedy, ministro de Sanidad cuya campaña antitabaco tropezó con los productores sureños. Estos elementos molestos de la Administración los ha sustituido el presidente Carter con colaboradores de toda su confianza, más o menos vinculados a los grupos de presión del Sur. Entre ellos destaca el muy discutido Hamilton Jordan, que ha pasado a ser el factótum o secretario general de la Casa Blanca; Charles Duncan, ex presidente de Coca-Cola, nuevo responsable de la energía, y Patricia Harris, primera «persona de color» que forma parte de la Administración norteamericana, lo que servirá de contrapeso al cese de Andrew Young. En cambio, Cyrus Vance y Brzezinski, en particular, siguen inamovibles.

La nave gubernamental de nuevo a flote, el presidente Carter pretende iniciar una nueva singladura que le permita salvar el escollo de la ratificación de los SALT II por el Senado. Pero aunque la consiguiera sin más peripecias, sigue en pie el problema de la política exterior norteamericana, tan indecisa como contradictoria en el golfo Pérsico, Africa, Hispanoamérica y Europa y, asimismo, los peligros que rondan la economía norteamericana y, por vía de consecuencia, el estilo de vida del país.

Estas realidades o eventualidades no desaniman al presidente Carter, que ya ha iniciado su campaña electoral efectuando un cruceo por el Mississippi. Mientras el posible y peligroso adversario Edward Kennedy se calla, dejando que hablen los últimos sondeos, según los cuales el 52 por 100 de los demócratas que votaron a favor de Carter en 1976 no desean vuelva a presentarse; el 59 por 100 opina que no logrará la investidura por mucho que le apoyen los magnates del Sur y los presidentes de las diversas compañías petroleras, en tanto que el 66 por 100 estima que no será reelegido aunque consiguiera la investidura.

En suma, la popularidad del presidente Carter ha caído a su punto

más bajo. Ha perdido la credibilidad de la que se había hecho acreedor un candidato a quien no agobiaba ese «peso de la púrpura», de la que Agustín de Foxá consideraba los riesgos y dificultades, precisamente refiriéndose a los Estados Unidos.

REBELIÓN EN AFGANISTÁN

Clavados los focos informativos en los delirios pseudoislámicos de Irán, han quedado un poco en la penumbra los sucesos que se han registrado en sus vecinos, Irak y Afganistán. Así, al dimitir el 15 de julio el presidente Al-Bakr, no se le concedió mayor importancia a la dimisión ni a su sustitución por Saddam Hussein. Pero apenas instalado el nuevo presidente en el Poder, Irak volvió a las andadas, es decir, a las divergencias políticas que se zanján con fusilamientos o la horca. Así el 7 de agosto concluía el juicio a puerta cerrada contra cinco miembros del anterior Gobierno —uno de ellos, viceprimer ministro—, acusados de preparar un golpe de Estado en connivencia con «un país extranjero». No se concretó el nombre de ese perverso país, aunque saltaba a la vista que se trataba de Siria, con la que hace unos meses se proyectó una unificación destinada a reforzar el «frente del rechazo» o «de la firmeza». Condenados a la pena capital los cinco ex miembros del Gobierno, el cupo de sentenciados se vio incrementado hasta veintiuno, que se sepa, aparte de detenciones a manta y condenas a penas de prisión. Por cierto, hasta el presente el presidente Al-Bakr ha permanecido a salvo de toda sospecha de complot, mientras Siria ha puesto el grito en el cielo ante la acusación de instigar un golpe de Estado en Irak, que, según Bagdad, ha salido «fortalecido tras la depuración» y merced a las drásticas medidas adoptadas por motivos que no se impone si son ideológicos, políticos o sencillamente de batalla campal por hacerse con el Poder. Como sea, tales acontecimientos no constituyen una novedad en ese país, por poco que se eche un vistazo a su historia desde el derrocamiento y ejecución de Faisal II en 1958.

Por tanto, lo sorprendente no son las purgas iraquíes, sino el juicio que mereció este país al señor Genscher, ministro de Asuntos Exteriores de la República Federal, y al presidente Barre, que, pisándole los talones, visitaron Irak en junio y principios de julio. Ambos se hicieron lenguas de la «posición moderada» de Irak, verdadero «polo de estabilidad», llamado a ser elemento de paz en la región. Se evidencia que el oro negro incita a ver las cosas en forma que deja en

solfa la perspicacia y capacidad de juicio de ciertos gobernantes occidentales, por lo demás obcecados por las perspectivas de fructuosos negocios, como, según se dijo, fue señaladamente el caso del presidente francés, que suscribió sustanciales contratos de suministros de armas y aviones.

El conflicto que desde hace meses ensangrienta a Afganistán tiene, en cambio, clara base religiosa, por cuanto los jefes islámicos han proclamado la guerra santa contra el régimen marxista—aunque no lo declare—que impera en Kabul desde el 27 de abril de 1978. En una primera fase, la guerrilla, mejor dicho, las guerrillas, surgieron en zonas rurales y agrestes del país, en particular en las zonas fronterizas con Pakistán, donde la unidad étnica de las tribus resulta dividida por una frontera, como es el caso del Pachtunistán y el Beluchistán, que representan aproximadamente la mitad del territorio paquistaní y que el presidente Taraki reclama a voz en grito en nombre de «los derechos históricos». Posteriormente la lucha sin cuartel se extendió a gran parte del territorio e incluso a la capital. Así, a finales de julio, al parecer, quedó cortada la carretera que une Kabul a la URSS y por la que transita el suministro de toda índole procedente de la vecina y aliada gran nación, en tanto que en junio se había producido el levantamiento del barrio chiíta de la capital. El 5 de agosto entró en rebelión una unidad militar de Kabul. Al término de violentos combates quedó aplastada sin compasión, lo que no quiere decir que ha sido restablecida la paz en ese país, cuyo drama, por quedar a trasmano y no hacer mella en los grandes intereses occidentales, sólo se menciona esporádicamente y de pasada.

Sin embargo, no todos los países adoptan idéntica postura frente a Afganistán. Así la URSS ha valorado tiempo ha la singular importancia estratégica de Afganistán en cuanto base operativa contra Irán y Pakistán, que conducen al golfo Pérsico y están ambos en situaciones internas difíciles. De ahí la solicitud de que la URSS ha venido dando muestras con relación a Afganistán, aunque este país no sea miembro del COMECON ni del Pacto de Varsovia y su máximo dirigente, Nur Mohammed Taraki, se desgañite proclamando su no alineamiento. Ello no impide que desde 1978 haya suscrito con la URSS unos cincuenta acuerdos de toda índole, comerciales, culturales y, por supuesto, militares, éstos con su acompañamiento de asesores y de material bélico, entre el que figuran modernos helicópteros que no se ponen en manos afganas. Los pilotos son soviéticos. Además, a pesar de la escasa información fidedigna procedente de Afganistán, se sabe que los asesores soviéticos controlan de hecho el Ejército afgano, afec-

tado en sus mandos y clases por purgas innumerables tendentes a eliminar los elementos religiosos o sospechosos de poco ardor revolucionario. Tan numerosos son éstos, que se ha producido una dislocación de las fuerzas armadas, mermadas por las deserciones. Los desertores se unen a la guerrilla o, a través de las fronteras de 1.700 kilómetros con Pakistán, huyen hacia ese país, paño de lágrimas de —a ojo de buen cubero— mucho más de 100.000 afganos. En parte están registrados como tales refugiados, sobre todo en la región de Peshawar, en parte agazapados en tribus de su etnia donde tienen «familia».

La amnistía concedida por Kabul en el pasado mayo no influyó en el ánimo de los afganos alzados contra el marxismo de los dirigentes. Pese a las diferencias étnicas y hasta lingüísticas, están ensamblados por el vínculo religioso, lo que constituye una fuerza política con la que tropieza Kabul, acosado y en cierto modo cercado por una rebelión que se extiende a la cuarta parte de Afganistán.

Ni las fuerzas armadas, por mucho que las controlen los asesores soviéticos; ni la represión, por cruenta que sea, parecen conducir a un aniquilamiento de la rebelión, que, de prolongarse, podría entrañar el riesgo para la URSS de que se propagara a sus Repúblicas islámicas fronterizas y entorpecer su paciente labor de penetración para abrirse camino hacia el Pérsico y sus reservas petrolíferas, a las que, se estima, habrá de acudir a no largo plazo para hacer frente a sus necesidades y a las de sus aliados del Este. Es decir, que la URSS no puede soltar la presa afgana, valioso elemento de su estrategia global. Los resultados negativos, por no decir contraproducentes, conseguidos a base de «palo y tente tieso» en amplios sectores de la población afgana, puede llevar a una reconsideración de los métodos empleados, ello en opinión de diplomáticos y observadores europeos residentes en Kabul y recogida por las agencias informativas. Concretamente, a principios de agosto, y más a las claras al pasar de los días, se veían señales de los cubileteos de la URSS para sustituir al presidente Taraki y el primer ministro, Hafizullah Amin, para alcanzar con otra táctica, camino o método el objetivo que se ha fijado: tener una base operativa en Afganistán y, por vía de consecuencia, poder influir en Irán y Pakistán con vistas a lograr vela en el entierro del golfo Pérsico.

CARMEN MARTÍN DE LA ESCALERA

